

Por Dorel Noá

- Que rabia!! Otra vez está lloviendo!! – Exclamó Manuel mirando por la ventana de la Oficina.
- Alégrate que vives en un departamento! – Replicó su compañero -, A esta hora mi jardín debe ser poco menos que una ciénaga!! – Y se echó a reír ruidosamente.

Pero a Manuel la lluvia no lo hacía reír, sólo le traía malos recuerdos. Cuando lo despidieron del anterior trabajo, cuando murió su madre, cuando lo abandonó su esposa.... Siempre había estado lloviendo.... La lluvia sólo le traía tristezas y problemas... nunca algo positivo, nunca un amigo, nunca una sonrisa, nunca un amor...

- Adiós amigo! – respondió -. Espero que no llueva todo el fin de semana!!

Salió presuroso de la oficina, debía cruzar el puente pronto... no fuera a ser que el río pasara por encima otra vez y tuviera que volver a empaparse los pies!!

Apuró el paso cautelosamente sobre las veredas empapadas. Con una mano apretando el impermeable a la altura del cuello, para que no se abriera, y con la otra aferraba su sombrero para que no se lo arrebatara el viento.

Llegó al puente, miró al horizonte y vio que traía bastante agua pero que no había rebasado el puente. “Algo bueno!”, se dijo. “Quizás un buen augurio!”. Sonrió para sus adentros... “Iluso de mi”. Se reprendió y borró de su cara lo que había sido el comienzo de una sonrisa.

Cuando comenzaba a pasar el puente reparó en algo que se apretaba bajo una saliente y salpicaba agua y barro en todas direcciones. Manuel se acercó y vio que lo que estaba atrapado era un paraguas invertido, de modo que la correa del mango se había atorado entre las tablas. Al interior del paraguas había un guante color lúcumá. “Alguien ha perdido su paraguas... A ver si puedo alcanzarlo...”. Se acercó al borde, se agachó lo más que pudo apoyado en la baranda, estiró la mano soltando el sombrero que voló libre

al fin de su cautiverio. “Repámpanos!” exclamó, viendo su sombrero volar sobre las aguas del río como en una danza de liberación inescrutable. “ Ah caramba! Bueno, sacaré en compensación el paraguas”. Pero no lo alcanzaba.

Se agachó ahora por debajo de la baranda, afirmó una rodilla en la base e inclinó su cuerpo sobre el piso del puente estirándose a más no poder... Sus dedos arañaban la correa sin lograr desprenderla... se estiró un poco más ... un poco más! “Ya casi... Lo tengo!” gritó triunfante mientras cerraba la mano sobre la correa y de un tirón desprendía el paraguas de su prisión de madera.

Sacó el paraguas del agua y retiró del interior el guante de mujer. Con el ruido del agua y presa de sus esfuerzos, no había notado el ruido de pasos que se le acercaban. Los tacones dieron un último paso ruidoso sobre las tablas del puente y se detuvieron en seco. Manuel se levantó sobresaltado con el paraguas en una mano y un guante color lúcuma en la otra.

Unos maravillosos ojos azules se asomaban entre unos rizos castaños muy mojados, por los que resbalaban unas gotitas indiscretas. De una boca roja brotaron una sonrisa cautivadora y una voz que le pareció emergida de un sueño.

- Hola! Soy Marta, la dueña del paraguas! - le dijo extendiéndole una delgada mano húmeda, mientras con la otra, abrigada por un guante color lúcuma, aferraba por el cuello su impermeable.

FIN